



3. Sistema político y medios de comunicación

Conspiración y pseudocracia. O la esfera pública a cinco años del colapso del 11-M

Víctor Fco. Sampedro Blanco

“Una toma de poder sólo puede funcionar y consumarse en la noche y en las sombras, entre bruma y tinieblas.” /1 Desde el *think tank* del Partido Popular, Gabriel Albiac defendía la opacidad como rasgo esencial del poder. Con él se había hecho Zapatero “en la noche y en las sombras” del 11-M. Y para recuperarlo no valían “luz y taquígrafos” (pensamiento ilustrado y periodistas) sino “bruma y tinieblas”; es decir, la conspiración sobre la peor masacre yihadista cometida en Europa. La rentabilidad político- económica de este embuste explica los “agujeros negros” de la esfera pública española que alimentan a los muchos escribas a sueldo, hincados de rodillas /2.

Denominamos el colapso de la esfera pública a la crisis del actual sistema político-mediático en las elecciones de 2004. Fue sorteado por la desobediencia civil de los ciudadanos en la jornada de reflexión. Intentaré detallar ese colapso y sostener que los desobedientes del 13-M confirieron legitimidad a los resultados electorales. El argumento no puede ser más antagónico a las tesis de la orquestación partidaria del “acoso” a las sedes del PP o del triunfo “inevitable” del PSOE. Nos apoyamos en el trabajo empírico y académico realizado en estos últimos cinco años y que, desde entonces, pide réplica /3.

Los infundios sobre el 13-M fueron el arranque de *la teoría de la conspiración*. Instalada en el centro del debate político durante la primera legislatura de Zapatero, cinco años después remozca sus tramas y protagonistas. Los costes

1/ Albiac, G. (2005) “Las elecciones libres y sus enemigos: terrorismo y agitación radical”, 30/3/2005. FAES. Citado en Rodríguez, E. y Arbide, H. 2006 «¿Nueva Derecha?», *Archipiélago*, 72.

2/ “Los agujeros negros del 11-M” es una de las series publicadas por *El Mundo* que mejor expone la conspiración. Tomo de M. V. Montalbán la metáfora del “*escriba sentado*”, inspirada en la estatua egipcia del III Milenio a. C.

3/ Retomo en este texto conceptos, datos y citas de los libros *13-M. Multitudes online* (Catarata, 2005) y *Medios y elecciones, 2004* (Arecos, 2008) y del capítulo “Agendas electorales y medios de comunicación en la Campaña de 2004” (CIS, 2008); disponibles en www.victorsampedro.net.

que acarrea en términos de degradación democrática aún no son del todo inventariables; pero, ha generado una impunidad donde avanza la *pseudocracia*: el gobierno de la mentira.

El colapso

Partamos de supuestos conservadores. Aceptemos, como dicen algunos economistas metidos a científicos sociales, que sólo nos interesa subjetivamente (como sujetos) la política en la medida en que tenemos un interés objetivo (si nos afecta personalmente). Egoístas y perezosos prestamos a las elecciones una atención parcial y esporádica.

Aún así, con medios y audiencias que no atienden a ningún interés colectivo y sin instituciones participativas, podríamos vivir en democracia votando cada cuatro años. Pero la legitimidad del resultado no estriba en la existencia de varias listas electorales, sino en la calidad de la deliberación institucional y ciudadana. Sin un diálogo colectivo digno de tal nombre, que alcanza su clímax en campaña electoral, la votación es un fraude; los resultados, una mascarada; y la comunicación política, un ejercicio de manipulación.

La teoría de la acción racional, con el economicismo señalado, postula apenas tres condiciones de una comunicación democrática: 1) que identifique la mentira o el error; 2) que castigue o expulse al mentiroso y al inepto de la esfera pública; y 3) que imponga a todos los interlocutores los mismos baremos de veracidad (Lupia y McCubbins, 1998). Apliquémoslas.

(1) La mañana del 11 de marzo –tampoco el 14 votando– no era posible saber si Otegi, líder de la izquierda abertzale, o Acebes, ministro de Interior, mentían. El primero imputaba la autoría terrorista a la *“insurgencia iraquí”* y el segundo le acusaba de practicar la *“intoxicación, para desviar la atención [...] estrategia miserable, como todo lo que hace ETA y quienes le apoyan”*. (2) Ningún cargo del Gobierno dimitió o fue cesado, tras revelarse su fracaso en prevenir los atentados o la falsedad de sus declaraciones. (3) Al contrario, sin sustento empírico mantuvieron o sostuvieron como plausible una disparatada versión, implicando a ETA y el PSOE en los atentados. Ni siquiera tras el juicio que invalidaba las tesis conspirativas hubo desmentidos o rectificaciones.

Insisto, aplico ciencia política conservadora y una antropología pesimista sobre la condición humana. Somos meros espectadores egocéntricos que, sin conocimiento real, votamos según las “señales” emitidas por políticos y periodistas. Pero, para hablar de democracia, éstos han de cumplir unos requisitos que, aunque mínimos, permiten reemplazar las élites con cierta base real o, al menos, con cierta funcionalidad: eliminando a los ineptos y mentirosos, abordando cuestiones según datos objetivables.

Con el realismo que se arrojan los neoconservadores, podríamos convenir que el 11-M no necesitábamos medios de comunicación que fuesen enciclopedias de terrorismo, ni periodistas expertos en yihadismo, ni votantes politólogos. En rea-

“...No necesitábamos la verdad moral, filosófica u ontológica del terrorismo que nos golpeaba. No podíamos saber si ETA había atentado o si el Gobierno mentía. Con sobrevivir amputados o heridos, con ir a votar consternados ya hacíamos bastante. Además, insisto, costeamos mucha (des)información y nos comprometimos a pagar impuestos a quien ganase en las urnas.”

lidad, quienes se manifestaron en la jornada de reflexión sólo pedían que periodistas y candidatos revelasen quién se había equivocado, quién nos mentía, quién faltaba a la verdad. Para eso les pagamos, por eso cobraron y con eso bastaba para votar. No necesitábamos la verdad moral, filosófica u ontológica del terrorismo que nos golpeaba. No podíamos saber si ETA había atentado o si el Gobierno mentía. Con sobrevivir amputados o heridos, con ir a votar consternados ya hacíamos bastante. Además, insisto, costeamos mucha (des)información y nos comprometimos a pagar impuestos a quien ganase en las urnas.

El colapso surgió de un clima extremo de “*polarización antagonista*” entre los dos partidos con opción a gobernar. Nada se entiende sin la precampaña, ocupada por el Caso Carod en un ejemplo arquetípico de construc-

ción de la agenda mediática (*media agenda-building*) con una estrategia electoral permanente y negativa. Una triple acusación pretendía destruir la legitimidad del PSOE: connivencia con el terrorismo, falta de modelo de estado y disposición a coaligarse a cualquier precio. Constituye un caso de manual: tres temas, imbricados entre sí, con fuerte personalización y dramatización, desplegados durante menos de tres meses.

La cronología *agendada* en los medios aporta una abrumadora evidencia de la facilidad para dirigir la atención de los periodistas (incluso de los no afines) a cuestiones clave en el programa electoral de un Gobierno con mayoría absoluta: dureza contra ETA, unidad de España y Gobierno monocolor “fuerte”. El flujo de noticias, gratis para el PP y muy eficaz por disfrazar su carácter publicitario, proyectó unos marcos discursivos (*frames*) demoledores para el PSOE.

A finales de enero (a dos meses y medio de las elecciones) el Gobierno filtró la reunión de Carod Rovira, vicepresidente de la Generalitat catalana, presidida por un socialista, con dirigentes de ETA. El mismo día llegaba a las redacciones la noticia del “I Congreso internacional de víctimas del terrorismo”, inaugurado por el príncipe Felipe y el Gobierno (candidato Rajoy incluido). El marco frentista era rotundo en los primeros titulares del día: “*Ellos [socialistas] con los terroristas y nosotros [populares] con las víctimas*”.

A mediados de febrero (a un mes de los comicios) los medios recogían el comunicado de ETA más difundido hasta el momento: la concesión de una tregua parcial, sólo para Catalunya. El marco conspiratorio inundó los medios: “*Pactaron que no les matasen*”. Apenas tuvo eco el desmentido de los terroristas /4. Por último, al inicio de la campaña oficial un par de etarras fueron detenidos y acusados de intentar un atentado masivo en el centro de Madrid, sin datos que avalasen este último punto. El marco victimista y antiterrorista era irrefutable: “*Éste es el precio que nos querían hacer pagar [¿por nuestra libertad?], pero lo hemos impedido*”.

En suma, con “eventos mediáticos” que congregaban a las audiencias en torno a valores consensuales (el congreso de víctimas) y el uso de información privilegiada, el Gobierno acorraló al PSOE. Éste fue incapaz de romper el cerco de “corrección política” que había impuesto el PP: proscribir el diálogo con ETA equiparándolo con un pacto y colocar a las víctimas al frente de la movilización contra el terrorismo. Se instauraba así un tablero de juego donde el PP ganaba réditos inmediatos y del que el PSOE fue rehén hasta renovar su victoria en 2008.

El periodismo no pudo (¿supo? ¿quiso?) escapar del corsé gubernamental. Consideró las declaraciones oficiales como parte de la realidad. Hasta el punto de que el Ejecutivo de Aznar pudo negar los comunicados de ETA (desmintiendo el pacto con Carod y la autoría del 11-M) y obviar a Al Qaeda (que dejó cintas coránicas, reivindicaciones en Internet y un vídeo). Por otra parte, el populismo estaba servido.

Las víctimas (de ETA), asumidas por la prensa como arietes antiterroristas, ofrecen “*un contrapunto muy fuerte para que [el terrorista] aparezca como suficientemente execrable, no humano*” /5. En este contexto discursivo no extraña que el Gobierno del PP intentase generar, a partir de la misma mañana del día 11, una *espiral del silencio* sobre quienes negaban la autoría de ETA, acusándoles de colaborar con ella. Pero aplicaba un modelo teórico fallido /6. Las presiones no desencadenaron silencio sino “mentiras prudentes”. Llamo mentiras a las primeras e infundadas acusaciones contra ETA, realizadas por los líderes considerados más radicales (incluido Carod) antes de que hablase Aznar. O la edición especial de *El País* que, tras recibir la llamada del presidente, fue el único diario madrileño que tituló “*Masacre de ETA en Madrid*”. Considero también mentiras las posteriores condenas e imputaciones implícitas a ETA, cuando ya eran desmentidas por evidencias, comunicados y detenciones.

Las protestas populares del 12-M y del 13-M rebajaron el *umbral de la disidencia*: número de disidentes del que se precisa tener constancia para sumarse a

4/ *20 Minutos*, 23/2/04, p. 9.

5/ R. Sánchez Ferlosio, *El País*, 22 de mayo de 2007.

6/ En Sampedro, V. (2000), *Opinión pública y democracia deliberativa*, Madrid, Istmo (pp. 100-7, 142-9) se critica la *espiral del silencio* de Noelle-Neumann y defiende la *mentira prudente* de Timur Kuran. El fracaso de la primera teoría (contando con el asesinato de un ciudadano navarro que se negó a condenar a ETA el mismo día 13) realiza el enorme potencial heurístico del 11-M.

ellos. Y que tan alto resultó para los políticos y periodistas de la supuesta oposición. Para el 12 de marzo el Gobierno había convocado de forma unilateral una manifestación, que contó con la presencia de todas las instituciones. La pancarta de cabecera contenía la tríada electoral desplegada en la agenda de la precampaña: “*Con las víctimas, con la Constitución y por la derrota del terrorismo*”. En Barcelona los ciudadanos impidieron a los líderes del PP sumarse a la manifestación. Y en Madrid la pregunta: “*¿Quién ha sido?*” se convirtió al día siguiente en demanda tajante: “*Antes de votar, queremos la verdad*”.

El 13 de marzo unas 20.000 personas se auto-convocaron con móviles y a través de Internet ante las sedes del PP /7. El colapso informativo era patente. En esa jornada de reflexión los únicos que decían la verdad sobre la autoría del atentado eran los terroristas de ETA, que negaban su implicación, y Al Qaeda, que la reivindicaba. La verdad, en boca de asesinos falaces. La mentira, en la desvergüenza del Gobierno y la imprudente prudencia de la oposición. Ya por la noche, con miles de personas concentradas ante la sede del PP en la calle Génova de Madrid, el responsable de campaña del PSOE lanzó las primeras acusaciones (veladas) de mentira gubernamental. Los desobedientes civiles, según los mínimos democráticos que citábamos, arriesgando cárcel y multas, sin violencia y a rostro descubierto, habían garantizado la legitimidad electoral a pesar de vulnerar la ley.

Era la línea de flotación de la democracia. Tal como se expresaban los manifestantes: “*fue la gota que colmó el vaso*” e “*imagina lo que serían capaces de hacer [el PSOE y el PP] si ganan así*”. Tras las mentiras del Prestige y la invasión de Irak, el uso partidario de la muerte de casi 200 conciudadanos resultó insoportable. El público más movilizado entendió que alcanzar el poder (también ZP) con aquellas “sombras” era sumirse en las “tinieblas”: la impunidad total, pasada y futura, de la candidatura ganadora. Aún así, el nuevo Gobierno no rompió con la mentira prudente.

Conspiración

“El PSOE [...] por su sentido de Estado, por respeto a la memoria de las víctimas, hemos estado callados cuando, desde el Gobierno, se hacían descalificaciones y afirmaciones que no siempre se correspondían con la verdad [...] Y la verdad, toda la verdad, se acabará sabiendo. Éste es nuestro compromiso con las víctimas” Alfredo Pérez Rubalcaba, noche del 13-M.

El jefe de campaña del PSOE –después de que M. Rajoy calificase las concentraciones ciudadanas de “ilegales e ilegítimas”– se amparaba en las víctimas para

7/ Cifra muy conservadora, que sólo suma las recogidas por la prensa y que olvida las numerosas “caceroladas”, concentraciones y marchas pacíficas realizadas tras los cierres de edición (y nunca recogidas por las televisiones). Las dos principales webs de contrainformación (Nodo50 e Indymedia BCN) que difundieron la auto-convocatoria, sumaron en conjunto millón y medio de accesos. Ese día hubo, al menos, 20% más de tráfico de SMS. Véase también el grupo de discusión de los primeros convocantes, cap. 4 *13-M Multitudes on line* y las imágenes inéditas del DVD en www.victorsampetro.net

justificar el silencio previo. La condena de la desinformación gubernamental era ambigua, pero prometía “toda la verdad”. Mera promesa. Zapatero demoró más de nueve meses (casi una gestación) en denunciar ante la Comisión Parlamentaria del 11-M la “intoxicación masiva” del Ejecutivo de Aznar, fechando su inicio en la tarde del día 11. La Comisión no consensuó conclusiones con el PP y no purgó responsabilidad política o administrativa alguna. Tres años después el PP, aunque decía acatarla, dudaba de la sentencia judicial a los condenados (islamistas radicales y colaboradores españoles ligados al tráfico de drogas y explosivos).

Con matices y énfasis decreciente, el PP ya en la oposición sostuvo (o consideró plausible o no descartable) que el PSOE había orquestado el 13-M; que en los atentados intervino ETA, sabiéndolo antiguos cargos de Interior y policías socialistas, más la Inteligencia francesa y/o marroquí, más... Todas las “pruebas” aportadas fueron rechazadas por los jueces. Algunas eran tan inadmisibles como la premisa racista de que los “árabes en sus cuevas” eran incapaces de realizar tal atentado.

Arabofobia aparte, los réditos del PP fueron enormes. Casi revalidaron los 10 millones de votos de 2000. Sus cargos evitaron rendir cuentas por no prevenir y luego mentir sobre el atentado. Se mantuvieron en las encuestas movilizándolo a su electorado con numerosas manifestaciones de la Asociación de Víctimas del Terrorismo de ETA. Así consiguieron bloquear la negociación para finiquitar el terrorismo vasco. Involucrándolo en el atentado más sangriento de la historia, abortaban la baza que afianzaría a ZP en el poder.

Por su parte, los medios “conspiradores” obtuvieron réditos económicos inimaginables en una esfera pública democrática o, si nos ponemos liberales, en un simple mercado de información abierto y un poco autorregulado. *El Mundo* desplazó del segundo puesto de tirada a *ABC*, diario decano de la prensa conservadora. La COPE también se situó de segunda radio en audiencia. Para completar el triángulo, *Libertad Digital*, propiedad de un colaborador de ambos medios y conspirador confeso, se asentó en la televisión digital. La prensa de la nueva derecha, la radio de los obispos y el neoliberalismo de la Red sumaban sinergias y lucro.

Los beneficios económicos no habrían sido tantos si estos medios hubieran practicado el periodismo de investigación, que se arrogan en exclusiva. Al contrario, la conspiración satisface los requisitos de la noticia considerada como mera mercancía barata, rentable y supeditada a los aliados partidarios: 1. Fácil de elaborar, no precisa datos ni lógica. 2. Fácil de entender, presenta a los buenos y los malos en un relato personalizado y maniqueo. 3. Una vez enunciada se autojustifica por sí misma (si no hay datos, los habrá) con tensión narrativa (todo acabará encajando). 4. Se retroalimenta de oponentes y desmentidos, que al considerarla le confieren verosimilitud. 5. Cierra filas en torno a los receptores, amenazados o expuestos a la debacle que se anuncia. En suma, con mínima inversión, fideliza las audiencias como espectadores aterrados o “crispados”, pendientes de las claves de cómo y cuándo actuar.

La conspiración fue la excusa para no realizar el periodismo de investigación que hubiera sido palanca de rendición de cuentas políticas y acicate de jueces. Los conspiradores apenas se ocuparon de la ineficacia, insuficiencias y rutinas letales en la detección de amenazas terroristas. Más bien las aprovecharon para crear “agujeros negros”, que todo lo absorbían. Nada denunciaron sobre la lentitud y el clientelismo en los servicios de emergencia y respuesta a la crisis. Al contrario, blindaron a los responsables. Y sus aportaciones judiciales consistieron en señalar testigos y pruebas *de la defensa* invalidados; alentar acusados que implicaban a técnicos y policías a cambio de dinero, apoyo periodístico o ayuda judicial. Cuestionar a fiscales y jueces...

Ante tamaña ofensiva, el PSOE no se empleó a fondo contra la conspiración. Quizás pensó en el corto plazo, en la imagen radicalizada que daba del PP y no en la degradación democrática que comportaba. Podría suponer que obviándola no le daba pábulo y que los tribunales la deslegitimarían con más dureza y en fecha más próxima a la siguiente cita electoral. Acataría, además, la “corrección política” de no juzgar al gobierno precedente (principio fundacional de la Transición) y el deber de encubrir los clamorosos fallos policiales y las tramas de confidentes del 11-M, en aras de la imagen del país. Porque, como mínimo, los hechos prueban que Al Qaeda actuó en España por ser un objetivo muy vulnerable.

Los medios afines al PSOE también obviaron la teoría de la conspiración hasta que llegó a los tribunales. La contraofensiva post-electoral hubiera atraído grandes audiencias, pero también minaría su credibilidad. Cuestionaría su cobertura oficialista y el blindaje al Gobierno de Aznar entre el 11 y el 14 de marzo. Por tanto se limitaron a recopilar las incoherencias conspirativas, según eran desmentidas por los jueces. Se trataba de una mediocre estrategia para minar la credibilidad de la competencia sin comprometer la propia. La solipsista cobertura del juicio se centró más en los corifeos mediáticos del PP (para su regocijo) que en los responsables criminales. Y ahora, cinco años después, ese discurso endogámico no puede renovar audiencias; lógico, son los jóvenes que estrenaron voto el 14-M o sus hermanos.

Sobre pseudocracia y cibermultitudes: recapitulando hacia delante

En términos sistémicos los medios convencionales no ayudaron a ejercer el voto y obviaron o criminalizaron el activismo que lo legitimó. No promovieron la rendición de cuentas, la purga y el reemplazo de las elites. Entorpecieron o fueron a remolque de los jueces. Sobredimensionaron a ETA, dificultando o torpedeando el último proceso de negociación. Apelando a las víctimas (pero desentendiéndose de sus verdugos) instrumentalizaron comercial y electoralmente a la población dejándola indefensa, ante la desinformación y los terroristas. Para empezar, todos los medios convocaron las multitudinarias manifestaciones oficiales del 12-M: un día después de un atentado de masas que, por fortuna, no se repitió. Para continuar, conformaron una opinión pública polarizada según inte-

reses partidarios antagonistas. Crearon sectores intoxicados y alienados de la realidad. Los primeros perjudicados fueron los votantes conservadores, rehenes de unos dirigentes bunkerizados y reducidos al papel de “peones negros” de los demiurgos mediáticos /8. Por todo ello puede afirmarse el avance de la *pseudocracia* o gobierno de la mentira.

Con recurrencia constante el debate público involucre hacia fases premodernas. La conspiración, aunque abanderada xenófoba de Occidente, niega principios civilizatorios como *la navaja de Guillermo de Ockham* (s. XIV) –la hipótesis con menos suposiciones es probablemente la más correcta– o *la falsabilidad de Popper* (s. XX)– las hipótesis no son verdaderas o falsas, sino falsables. Se mantienen como correctas mientras no se desmientan o corrijan con nuevas pruebas. Abundan, en cambio, los medios que, en lugar de ofrecer noticias veraces y reflexiones razonables, sirven a procesos inquisitoriales de toda índole.

Persiguen la verdad “última” retorciendo hechos, declaraciones y pruebas. Establecen causalidades infundadas, contradictorias o indemostrables. Apelan a verdades éticas y morales para referirse a hechos, en una simplificación muy rentable que absuelve de errores y estigmatiza al oponente. Se equivoca quien piense en un único frente de medios o periodistas. Hay grados cromáticos, de la prensa amarilla a la marrón, pero toda la que estaba en activo el 14 de marzo de 2004 transmitió “el convencimiento moral” de Acebes y “la convicción”, también “moral”, de Rajoy de que ETA había atentado el 11-M. El salto del primero a importantes consejos de administración controlados por el PP y la permanencia del segundo como candidato electoral, tras dos elecciones generales perdidas, señalan los réditos de la pseudocracia.

La denuncia de la mentira y no la búsqueda de la Verdad –desterrada de la política desde la Ilustración, que la desvinculó del binomio Trono y Altar– es la marca de la democracia. Los silencios y mentiras prudentes de la izquierda partidaria, su falta de (auto)crítica y su connivencia con una corrección política dictada por valores ajenos nutren a la “nueva derecha”. Esto recalca la legitimidad del 13-M y su papel democrático en las elecciones de 2004. Pero sería iluso ignorar los límites del espontaneísmo ciberactivista, difícil de manipular e imposible de rentabilizar sin reflejo institucional.

Quien desee provocar un nuevo 13-M debiera sopesar los siguientes rasgos de aquel caso. (1) La información tenía un valor instrumental e inmediato: votar conociendo la identidad de los terroristas. (2) Una movilización en redes ciudadanas precedentes, con un nivel y alcance desconocidos hasta el momento. (3) Fuentes de autoridad –medios de prestigio extranjeros– que contradecían de plano las versiones españolas. (4) Solapamiento con rutinas y usos tecnológicos de la población: convocatoria en un día festivo, por la tarde y en lugares céntricos. En suma, demasiados factores como para preverlos y manejarlos.

8/ Los “peones negros” del 11-M, coordinados por Luis del Pino, desde Libertad Digital, lograron invisibilizar a la Asociación de Afectados del 11-M; cooptaron las estrategias y críticas a Aznar para revertirlas “contra ZP”.

Una estrategia demasiado evanescente como para fundar un nuevo modo de intervención tecnopolítica de la ciudadanía. De hecho, sin medios ni partidos que lo defiendan, el caudal del 13-M ha sido absorbido por el movimentismo conspirador, que logró resignificar “*Queremos saber*” contra Zapatero y la negociación con ETA.

La pseudocracia, en fin, avanza entre “la bruma y las tinieblas” de la nueva derecha. Con parámetros de pensamiento totalitario satisface las ansias de una explicación total y “profunda”, más real que la realidad: liberada, por tanto, de aval empírico y pruebas de falsedad. Mientras tanto la izquierda oficial no reconoce, menos aún recuerda y reivindica como propios a quienes dieron la cara. A los que plantaron cara a lo que Arendt llamó “*la soledad y la impotencia organizadas*” en una esfera pública que vio desmoronarse (2006 – v.o. 1949).

Víctor Fco. Sampedro es catedrático en Comunicación de la Universidad Rey Juan Carlos I.

Bibliografía:

- Lupia, A. y McCubbins, M. (1998). *The Democratic Dilemma. Can citizens learn what they need to know?*. Cambridge (MA): Cambridge University Press.
- Sampedro, V. (2000) *Opinión pública y democracia deliberativa*. Madrid: Istmo.
-(2005) *13-M. Multitudes online*. Madrid: Catarata.
-(2008) *Medios y elecciones, 2004*. Areces.
- Arendt, H. (2006 - v.o. 1949) *Orígenes do totalitarismo*. Sao Paulo: Companhia das Letras.



4. Sistema político y medios de comunicación

¿Información? ¿Política?
It's the economy again, stupid! ¿O no?

Rosa M^a. Martín Sabarís

El último día de campaña en las elecciones autonómicas de Galicia y Euskadi, *Reporteros Sin Fronteras* lanzó un comunicado en el que pedía a los partidos políticos que respeten la libertad de prensa y garanticen el ejercicio libre del periodismo. “*Los profesionales de la prensa no deben quedar reducidos a ser*